

13. LAS TENTACIONES DEL PODER

DISCURSO PRONUNCIADO CON OCASIÓN DE LA ENTREGA DEL PREMIO SONNING (28 de Mayo de 1991)

Mienten todos los que afirman que la política es algo sucio. La política es simplemente un trabajo que requiere hombres genuinamente puros, puesto que al desarrollarlo podemos ensuciarnos moralmente con especial facilidad.

El premio que hoy se me concede suele adjudicarse mas a los intelectuales que a los políticos. Yo represento a quien suele llamarse intelectual, pero el destino me ha llevado – de un día para otro- a lo que conocemos como el mundo de la alta política.

Permítanme aprovechar mis experiencias particulares e intentar enfocar, con el ojo crítico de un intelectual, el fenómeno del poder tal y como lo he conocido hasta ahora, es decir, desde dentro, y, especialmente, la naturaleza de las tentaciones que conlleva el poder respecto a la existencia del hombre.

¿Cuál es la verdadera razón de que los hombres deseen el poder político, y de que una vez que lo tienen, les cueste tanto renunciar a él?

En principio, podemos clasificar los motivos de sus anhelos en tres categorías:

Primero, los hombres se ven impulsados a la política por sus esperanzas de alcanzar un mejor orden social, por su fe en determinados valores o ideales –buenos o dudosos- y por la necesidad o el deseo irresistible de luchar por ellos o llevarlos a la práctica.

Segundo, dicho impulso responde, con toda probabilidad, al anhelo humano. ¿Podríamos imaginar una forma mas atractiva de confirmación de nuestra experiencia y de su auténtico valor que la que el poder político ofrece? Este, por su misma esencia, otorga al hombre amplias posibilidades de fortalecer a si mismo, dejando huellas de su existencia claramente visibles en un entorno muy amplio, de moldear el mundo que le rodea a su imagen, de gozar del respeto que toda función política concede automáticamente a quien la ejerce.

El tercer grupo de razones que explica por qué numerosos hombres sueñan con el poder político y renuncian a el de tan mala gana lo constituye una variada gama de ventajas que, inevitablemente, lleva implícitas la vida del político, incluso en las relaciones mas democráticas.

Según he constatado, los tres grupos de razones se entrelazan siempre de un modo tan complejo que a veces resulta prácticamente imposible determinar cual de ellos predomina. Los motivos de los dos últimos se manifiestan, casi siempre, como los del primero: yo, al menos, no conozco a ningún político capaz de confesar ante el mundo, o, incluso, ante sí mismo, que aspire a un cargo solo por el expreso deseo de autoconfirmar su propia importancia y su propio valor, o, simplemente, por querer gozar de las ventajas que reporta el poder político. Muy

al contrario, todos repetimos, una y otra vez, que no aspiramos al poder como tal, sino solamente a determinados valores generales, y que únicamente nuestra responsabilidad ante todos nos obliga a asumir la carga de la función en interés de los valores que defendemos. La mayoría de las veces, solo Dios sabe si en realidad es así o si se trata únicamente de un mero formulismo para justificar ante el mundo nuestras ansias de poder y, de esta manera, ratificar que existimos y que nuestra existencia es válida y respetable.

Sin embargo, la situación es algo mas complicada, ya que la necesidad de autoconfirmación no contiene en sí ningún elemento condenable: es algo genuinamente humano, y difícilmente podríamos imaginar un ser humano completo que no sueñe con ser reconocido y valorado y con tener constancia evidente de su propio ser.

Pertenezco al grupo de quienes conciben su cargo político como una manifestación de responsabilidad ante el resto de la sociedad, como un sentido de deber, e incluso, como un sacrificio. Pero al observar que otros políticos a los que conozco bastante bien afirman lo mismo que yo, me veo en la obligación de analizarme otra vez y cuestionarme si incluso yo mismo no comienzo a mentirme y si, en mi propio caso, no se trata realmente de una pasión oculta por afianzar mi valoración personal –y, por lo tanto, mi existencia-, en lugar de servir a una causa común. En pocas palabras: empiezo a sospechar de mi mismo. O, más exactamente, todas mis experiencias presentes con la política y los políticos, así como mis actuales observaciones, me obligan a ello: a sospechar de mi mismo un poco mas con cada nuevo premio que se me concede.

Por último me gustaría prestar una especial atención a la tercera categoría de anhelos del poder político sobre la que ya he hablado antes, es decir, el deseo de disfrutar las ventajas que aporta el poder o, simplemente la inclinación a adaptarse a dichas ventajas. Es muy interesante observar la cantidad de diabólicas tentaciones del poder que residen justo en esta esfera. Podemos comprobarlo fácilmente en el caso de aquellos de nosotros que antes no ocupábamos ningún cargo y siempre, con gran valor, denunciábamos a los poderosos por gozar de esas ventajas y facilidades – que no conducían más que aumentar el abismo entre ellos y los demás- y que ahora, casi de repente, nos encontramos en el poder.

Sin querer, comenzamos a parecernos, a veces hasta muy marcadamente, a nuestros criticados antecesores. Nos molesta, nos irrita, pero a la vez nos damos cuenta de que, simplemente, no sabemos o no podemos evitarlo.

Voy a citar varios ejemplos:

Sería absurdo que un ministro dejase de asistir a una reunión importante del gobierno, convocada para tratar un proyecto de ley que cambiaría la situación del país para decenas de años futuros, solo porque le duele un diente y tiene que pasar toda la mañana en la sala del dentista esperando su turno. Decide, por tanto, en interés de su país, tener un dentista particular que no le haga esperar.

Sería absurdo que un político no pudiera asistir a una entrevista estatal con un homólogo extranjero solo porque debe estar a expensas de los caprichosos horarios del transporte público. Para este tipo de situaciones tiene un coche y un conductor a su disposición.

Sería igualmente absurdo que un presidente o un primer ministro perdieran la posibilidad de entablar importantes negociaciones sólo porque los atascos en las calles obligaran a su coche a pararse cada diez metros. Por ello se les conceden permisos especiales para adelantar o no respetar los semáforos, o cuentan con la tolerancia de la policía.

Sería ridículo que un político perdiera varias horas de su valioso tiempo sudando en la cocina y preparando un almuerzo oficial a su homólogo de otro país. Por esa razón dispone de cocineros y camareros.

Sería ciertamente absurdo que el cocinero del presidente, como si fuera un ama de casa corriente de un país postsocialista, recorriera carnicería tras otra buscando carne suficiente para ofrecerla sin vergüenza y sin pudor al distinguido huésped. Por ello, se establecen suministros especiales a las personalidades eminentes y a sus cocineros.

Asimismo, no tendría sentido que el presidente o el primer ministro tuvieran que buscar un teléfono en la guía y luego trataran de localizar a alguien en su casa o en la oficina marcando personalmente el número para comprobar si su teléfono está o no ocupado. Parece, pues, lógico que deban ser los empleados subordinados los que se encarguen de realizar esas tareas.

Resumiendo: voy a un médico especial, no me veo obligado a conducir mi coche ni mi conductor tiene que desesperarse circulando por Praga a paso de tortuga, no he de cocinar ni procurarme la comida e incluso, no tengo que marcar ningún número de teléfono siempre que desee hablar con alguien.

Todo esto significa que he entrado en el mundo de las ventajas, las excepciones y las protecciones. En el mundo de las figuras prominentes, que apenas saben cuanto vale un billete de tranvía o el precio de la mantequilla, como se prepara café, como se conduce un coche y como se telefonea. Me encuentro, pues, en el umbral de ese mundo de la flor y nata comunista que yo mismo he criticado durante toda mi vida.

Y lo peor es que todo ello se rige por una lógica evidente. Sería ridículo y digno de ser condenado, que perdiese las entrevistas vitales para mi país sólo por pasar mi tiempo de presidente haciendo colas en las consultas de los dentistas, en las carnicerías, o en peleas irritantes con la oxidada red de teléfonos praguense, o en intentos desesperados por coger un taxi en Praga, cuando, además, se nota a primera vista que no soy de Occidente, lo que significa que no pagaré en dólares.

Pero, ¿dónde termina la lógica y la necesidad objetiva y dónde comienzan las excusas? ¿Dónde termina el interés por la patria y empieza el gusto por las ventajas personales? ¿Conocemos, y somos capaces de distinguir, el momento en el que dejamos de pensar en el interés del país por el que nos sacrificamos tolerando todas estas ventajas y empezamos a pensar en nuestras propias ventajas alegando el interés del país?

Confieso que se necesita un alto grado de autorreflexión y un distanciamiento crítico de uno mismo para que cualquier hombre en el poder, por muy bien que lo haya pensado en un principio, pueda distinguir ese momento. Yo mismo, que sostengo una lucha incesante y bastante falta de éxito con las ventajas de las que gozo, no me atrevo a afirmar de mi mismo que me se distinguir

ese instante siempre y con certeza. El hombre se acostumbra, se desacostumbra y, al final y sin saberlo, puede llegar a perder su aprobada capacidad de juicio.

Vuelvo a repetir: estando en el poder sospecho de mi mismo permanentemente. Y aún mas, de pronto ha aumentado mi comprensión hacia los que, poco a poco, pierden su combate con las tentaciones del poder y tratan de convencerse de que continúan solo al servicio de su patria, cuando lo cierto es que cada vez mas alarmantemente se aseguran de su propio lucimiento y se acostumbran a sus ventajas como algo natural.

La tentación del poder oculta algo sumamente pérfido, falaz y ambiguo: por un lado, el poder político ofrece al hombre una oportunidad espléndida de convencerse, desde la mañana hasta la noche, de que realmente existe y de que tiene una entidad indiscutible que, de forma muy llamativa, se inscribe por sus palabras y sus hechos en el mundo que le rodea. Pero, al mismo tiempo, ese poder político y todo lo que le corresponde lógicamente oculta un enorme peligro: que nos despoje de nuestra existencia y nuestra identidad, lenta pero irreversiblemente, fingiendo confirmarlas.

El hombre que ha olvidado como conducir el coche, hacer compras, preparar su café y hablar por teléfono no tiene mas entidad que el que sabía hacerlo durante toda su vida anterior. El hombre que antes jamás estuvo obligado a verse a sí mismo a través del ojo de la cámara de televisión y que, de repente, ha de someter todos sus movimientos a sus miradas, ha dejado de ser el que era.

Se convierte en prisionero de su posición, de sus ventajas, de su función. Lo que aparentemente afianzó su identidad y, por lo tanto, también su existencia, en realidad va privándose de ellas con gran discreción. Deja de dominarse a sí mismo para ser dominado por otras cosas: su función, sus exigencias, sus consecuencias, sus atributos, sus ventajas.

Hay algo mortífero en esta tentación: bajo el manto de la autoconfirmación existencial, la existencia es expropiada por si misma, alienada, mortificada. El hombre se petrifica en su propio busto. Y aunque el busto acentúa su valía imperecedera y su gloria, resulta, a la vez solo un pedazo de piedra muerta.

Kierkegaard escribió *La enfermedad mortal*. Me permitiré parafrasear a su célebre paisano al expresar “el poder mortal”.

¿Qué podemos deducir de todo lo expuesto?

Queda descartada la conclusión de que sea injusto dedicarse a la política porque nos hace inmortales por principio.

Más bien podemos deducir algo diferente: la política representa uno de los campos de la actividad humana que impone mayores exigencias al sentimiento moral, la capacidad de autorreflexión crítica, a la auténtica responsabilidad, al tacto y al buen gusto, a la capacidad de sensibilizarse con el alma de los demás, al sentido de moderación, a la humildad. Es un empleo apto para hombres especialmente modestos. Para hombres que no se dejan engañar.

Mienten todos los que afirman que la política es algo sucio. La política es, simplemente, un trabajo que requiere hombres genuinamente puros, puesto que al desarrollarlo podemos ensuciarnos moralmente con especial facilidad.

Con tanta facilidad que los espíritus que no estén alerta pueden no darse cuenta de ello.

Por eso, solo deberían dedicarse a la política personas con un espíritu alerta especialmente desarrollado. Personas excepcionalmente perspicaces ante el ofrecimiento ambiguo de autoconfirmación existencial que les tiende. No sé si yo figuro entre ese grupo de hombres tan vigilantes. Sé solamente que al aceptar mi cargo debería convertirme en uno de ellos.

Señor rector, le agradezco el premio Sonning. Estimados presentes, les doy gracias por su atención.